

rage , hay á lo menos el homenaje que el vicio tributa á la virtud , honrándose con sus apariencias.

Estas son de parte de los pueblos las consecuencias que su vanidad y deseo de agradar á los grandes les traen siempre por seguir sus ejemplos , y de parte de los grandes , son la extension y la perpetuidad del poder , que sirven como de señal ó del desórden , ó de la virtud , entre los demas hombres.

SEGUNDA PARTE.

Los grandes por la extension de su autoridad envuelven en su condenacion y en su destino á muchos que les sirven de instrumentos para sus pasiones.

Si se embriagan con un amor excesivo de la gloria , todo les inspira la desolacion y la guerra ; y entonces , Señor , ¡ cuantos pueblos son sacrificados al ídolo de su orgullo ! ¡ Cuanta sangre se derrama que pide venganza contra sus cabezas ! ¡ Cuantas calamidades públicas de que solo ellos son los autores , y cuantas voces lastimeras suben al cielo

contra hombres que parecen nacidos para la desgracia de los demas ! ¡ Cuantos crímenes nacen de un solo crimen. Nunca podrán lavar sus lágrimas los campos teñidos con la sangre de tantos inocentes , ni su arrepentimiento solo podrá desarmar la cólera del cielo , mientras que deja tras sí tantas tribulaciones y desgracias en el mundo.

Señor , mirad siempre la guerra como el mayor azote con que Dios puede affligir un imperio ; y tratad mas bien de desarmar á vuestros enemigos que de vencerlos ; porque Dios no os ha dado la espada sino para asegurar con ella la seguridad de vuestros pueblos , y no para ofender á los vecinos. El imperio en que Dios os ha colocado es harto extenso , tened mas zelo en aliviar sus miserias que en extender sus límites , haced que vuestra gloria consista mas bien en reparar los males de las guerras pasadas , que en emprender otras ; immortalizad vuestro reinado mas bien con la felicidad de los pueblos que con el número de vuestras conquistas ; no reguléis la justicia de vuestras empresas

por vuestro poder; y nunca olvideis que las victorias acarrearán siempre, aun en las guerras más justas, tantas calamidades para una nación, como las derrotas más sangrientas.

Pero si el amor del placer puede más en los soberanos que el de la gloria, entonces todo sirve á sus pasiones, todos se apresuran á ser instrumentos de ellas, todos les facilitan el éxito, todo sirve para despertar los deseos y dar armas al deleite y á la sensualidad. Hombres indignos la favorecen, los aduladores le dan títulos honrosos, los autores profanos la hermocean con sus cantos; las artes se afinan para variar los placeres, todos los talentos destinados por el autor de la naturaleza para mantener el orden y hermocean la sociedad, solo sirven para honrar el vicio, y todo el mundo sirve de instrumento y se hace cómplice de sus pasiones injustas. Señor, ¡Cuan digno de lástima es el que se halla en el pináculo de la grandeza! Las pasiones que se debilitan con el tiempo se perpetúan en ella por los recursos que tiene, los sinsabores, compañeros

inseparables del desorden, se renuevan por la diversidad de los placeres; y solo el tumulto y la agitación que acompañan al trono, apartan de él las reflexiones, y nunca dejan al soberano un instante consigo mismo. Aun los Natanes, profetas del Señor, callan y pierden su fuerza al acercársele; porque todo le pone continuamente á su vista, todo le habla de su poder y nadie se atreve á manifestarle, aun desde lejos sus flaquezas.

Añádase todavía á la extensión de la autoridad otra de brillo, porque la impresión y el efecto contagioso de sus ejemplos no se limitan á sola su nación. Los grandes sirven de espectáculo á todo el mundo, sus acciones pasan de boca en boca, de provincia en provincia y de nación en nación, porque nada es privado en su vida sino todo público; el extranjero en las cortes más lejanas fija la vista en ellos como cualquiera ciudadano, y forman imitadores hasta en los parajes en que su poder les hace enemigos; todo el mundo se resiente de sus virtudes ó de sus vicios; son,

por decirlo así, ciudadanos del universo; entre todos los pueblos ocurren acontecimientos que tienen su origen en los ejemplos que les dan, y así son responsables ante Dios, de la justicia ó de las iniquidades de las naciones, y sus vicios ó sus virtudes se extienden mas allá que los límites de su imperio.

La Francia particularmente que mucho tiempo ha llamado la atención de la Europa, se da también mas en espectáculo que otra nación alguna; porque una multitud de extranjeros viene á ella á estudiar nuestras costumbres, y las introduce despues en los países mas lejanos; y aun vemos los hijos de los soberanos dejar los placeres y magnificencia de sus cortes, venir aquí como particulares, sustituir á la lengua y á los modales de su nación, la cortesanía de la nuestra; y como el trono es el primero á que se mira, se firman, ó conforme á la sabiduría y moderación, ó al orgullo y vicios del príncipe que le ocupa. Señor, mostraos un soberano á quien puedan imitar, que vuestras virtudes y la sabiduría de vuestro gobierno

los llame aun mas su atención que vuestro poder; y que se sorprendan todavía mas de la justicia de vuestro reinado que de la magnificencia de vuestra corte. No les manifesteis vuestras riquezas como lo hizo aquel rey de Judá con los extranjeros que habian ido de Babilonia, sino vuestro amor para con los súbditos y el de estos á vuestra persona, que es el verdadero tesoro de los soberanos. Sed el modelo de los buenos reyes, y admirando á los extranjeros haréis felices vuestros pueblos.

Pero los príncipes y los grandes no son únicamente deudores á los hombres de su siglo, sino que sus ejemplos tienen un carácter de perpetuidad, en que se interesan los siglos futuros.

Los vicios ó las virtudes del comun de los hombres mueren ordinariamente con ellos; porque su memoria acaba con sus personas, y únicamente el día del juicio manifestará sus acciones al universo; pero entre tanto, sus obras estan sepultadas en el olvido y en la misma oscuridad del sepulcro donde se hallan sus cenizas.

Pero los príncipes y los grandes pertenecen á todos los siglos, porque su vida enlazada con los acontecimientos públicos pasa con estos de edad en edad; sus pasiones, ó conservadas en monumentos públicos, ó inmortalizadas en nuestras historias, ó cantadas por una poesía lasciva, servirán tambien para tender lazos á la última posteridad; porque el mundo está todavía lleno de escritos perniciosos que han trasmitido hasta nuestro tiempo los desórdenes de las cortes anteriores. Las disoluciones de los grandes nunca mueren, sus ejemplos predicarán todavía el vicio ó la virtud á nuestros descendientes mas remotos, y la historia de sus costumbres durará tanto como la de su siglo.

¡ Cuan felices obligaciones, Señor, contraen los grandes y los reyes por solo la razon de su estado, con la piedad y con la justicia! Si hallan en él mas atractivos para el vicio, tambien encuentran motivos poderosos para la virtud! ¡ Cuan circunspectos deben ser en sus acciones que se hallarán escritas en el libro de la posteridad con carac-

teres indelebles! ¿ En que pueden hacer consistir mejor su gloria que en estar libres de vicios y de pasiones, cuya memoria afeará la historia de todas las épocas y los hombres de todos los siglos? No pueden tener emulacion mas laudable que la de dar ejemplos que serán algun dia los títulos mas preciosos de la monarquía, y monumentos públicos de la justicia y de la virtud. Por último nada mas grande que haber nacido para la felicidad, aun futura de los siglos, para contar con que solo sus ejemplos crearán una sucesion de virtud y de temor del Señor entre los hombres, y que de sus mismas cenizas renacerán de edad en edad príncipes que se les parezcan.

Este es, Señor, el destino de los buenos reyes, y este fué el de aquel gran rey vuestro augusto bisabuelo que siempre os propondremos por modelo y que lo será de todos los reyes futuros. Nunca olvideis aquellos últimos momentos en que teniéndooos en sus brazos aquel heróico anciano, como hoy Simeon, bañádoos con sus lágrimas

paternales, y ofreciendo al Dios de sus padres el resto precioso de su familia real, murió alegremente viendo al niño milagroso que Dios reservaba todavía para ser la salud de la nación y la gloria de Israel. Señor, tened siempre presente este grande espectáculo, el del padre de los reyes muriendo y viendo revivir en vos la única esperanza de toda su posteridad extinguida, recomendando vuestra infancia á la tierna y respetable depositaria de vuestra primera educación, (la señora Duquesa de Ventadour) la que formando vuestras primeras inclinaciones, y por decirlo así, vuestras primeras palabras, os vió cerca de la muerte; confiando el depósito sagrado de vuestra persona al príncipe piadoso (el duque de Maine) que os inspira sentimientos dignos de vuestra cuna, y al ilustre mariscal (el de Villeroy) que ha heredado la ciencia de educar á los reyes, y que siendo uno de los primeros súbditos del estado, os enseñará á ser el mayor rey de vuestro siglo, al prelado fiel, (el antiguo obispo de Frejus) que despues de haber gobernado sabia-

mente la iglesia, hará de vos su mas zeloso protector, y en fin á toda la nación de quien sois á un mismo tiempo, padre y pupilo precioso.

Que nunca se borren, Señor, de vuestra memoria las sabias máximas que aquel gran príncipe os dejó al morir, como una herencia de mas valor que su corona.

Os exhortó á que aliviáseis los pueblos, servidles, pues, de padre y por muchos títulos seréis su soberano.

Os inspiró horror á la guerra, exhortándoos que no siguiéseis en esto su ejemplo; sed pues un príncipe pacífico, porque las conquistas que ganan los corazones son las mas gloriosas.

Os encargó el temor de Dios, ante quien debeis caminar en la inocencia; porque no reinaréis con felicidad sino en cuanto que así lo hagais santamente.

Señor, sean las últimas palabras de aquel gran rey, de aquel patriarca de vuestra real familia, como fueron las del patriarca Jacob al morir, esto es, las predicciones de lo que debía suceder

(24)

un dia á su familia, y sean sus últimas instrucciones la profecía de vuestro reinado. Amen.

SERMON

PARA

EL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

Acerca de las tentaciones de los grandes

Jesus ductus est in desertum à spiritu, ut tentaretur à diabolo.

Jesus fué conducido por el espíritu al desierto, para ser tentado en él por el diablo. (Matth. IV, 1.)

SEÑOR,

Los portentos que se vieron en el nacimiento y al principio de la vida de Jesucristo, no dejaron duda al demonio de que el altísimo destinaba á aquel á cosas grandes.

Cuanto mas percibió los primeros vislumbres de su grandeza futura, tanto mas se apresuró en armarle lazos. El ser